

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VI



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS**  
**MADRID, 1970**

# S U M A R I O

|                                                                                                                                                | <i>Páginas</i> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| <b>EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>                                                                                                     |                |
| Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1969, por <i>Francisco Arquero Soria</i> ... ..                                | 9              |
| <b>ESTUDIOS</b>                                                                                                                                |                |
| La descripción del Monasterio de El Escorial, por <i>Paulo Morigi</i> ... ..                                                                   | 15             |
| Madrid en las páginas de un humanista portugués, por <i>Giuseppe Carlo Rossi</i> ...                                                           | 23             |
| Juramentos de príncipes herederos en Madrid (1561-1598), por <i>María Cristina Sánchez Alonso</i> ... ..                                       | 29             |
| Algunas noticias sobre pintores cortesanos del siglo XVII, por <i>José M.ª de Azcárate</i> .                                                   | 43             |
| Apuntes sobre acotaciones musicales en los autos de Calderón, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i> ... ..                                              | 63             |
| Relación anónima del incendio del Monasterio de El Escorial en 1671, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i> ... ..                            | 79             |
| Fraude en el puente de Toledo (1673-1680), por <i>M.ª del Carmen Pescador del Hoyo</i> .                                                       | 85             |
| El Palacio de Monistrol. Biografía de un mayorazgo madrileño, por <i>José María Sanz García</i> ... ..                                         | 115            |
| Documentos sobre escritores de los siglos XVI y XVII (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> ... ..                                  | 161            |
| Algo más sobre el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Vicente Palacio Atard</i> ... ..                                          | 253            |
| Un reglamento educativo de 1701 del Colegio de San Ildefonso, por <i>José del Corral</i> .                                                     | 277            |
| Una visión crítica del Madrid del XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i> ... ..                                                             | 299            |
| Noticia bibliográfica de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i> ... .. | 319            |
| Madrid, Felipe V y los toros, por <i>Francisco López Izquierdo</i> ... ..                                                                      | 351            |
| Problemas de policía urbana madrileña en el pasado, por <i>José Antonio Martínez Bara</i> ... ..                                               | 375            |

|                                                                                                                                                              |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Eloy Benito Ruano</i> ... ..                                                        | 385 |
| Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> ... .. | 397 |
| El Instituto Español.—Sus orígenes (1838-1853), por <i>F. Zamora Lucas</i> ... ..                                                                            | 417 |
| Los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalis</i> ... ..                                                                                | 441 |
| Dos directores musicales madrileños: Ricardo Villa y Emilio Vega, por <i>José Subirá</i> .                                                                   | 465 |
| Elucidario de Madrid por Ramón Gómez de la Serna (Fragmento del libro «Ramón Gómez de la Serna, en sus obras»), por <i>José Camón Aznar</i> ... ..           | 475 |
| Informe sobre instalaciones deportivas municipales, por <i>Antonio Aparisi</i> ... ..                                                                        | 483 |
| Pasos a desnivel y estacionamientos subterráneos en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i> ... ..                                               | 493 |

#### MEMORIAS Y RECUERDOS

|                                                                               |     |
|-------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Noticias y anécdota de los cafés madrileños, por <i>Juan Sampelayo</i> ... .. | 507 |
|-------------------------------------------------------------------------------|-----|

#### TEXTOS

|                                                                                                                                        |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Doce relaciones poéticas de sucesos ocurridos en Madrid y su provincia en los años 1649-1687, edición de <i>José Simón Díaz</i> ... .. | 531 |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

#### MATERIALES DE TRABAJO

|                                                      |     |
|------------------------------------------------------|-----|
| Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i> ... .. | 601 |
|------------------------------------------------------|-----|

#### BIBLIOGRAFIA

|                                                                                    |     |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Bibliografía de Madrid y su provincia, por <i>José Luis Oliva Escribano</i> ... .. | 621 |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|

## **ELUCIDARIO DE MADRID POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA**

**(Fragmento del libro «Ramón Gómez de la Serna», en sus obras)**

**Por JOSÉ CAMÓN AZNAR**

Madrid dilucidado. Ni descripción, ni historia, ni fondo novelesco a lo Galdós, ni guía, ni solaz de ausente, ni nostalgia, ni urbanismo, ni evocación arqueológica. Pero no falta ninguno de esos ingredientes. Madrid en carne y piedra. Madrid de todas las horas —sobre todo de las horas—, Madrid en su alma, es decir, en su luz. Porque Madrid, según Ramón, es «luz espacial, presencia enternecida». ¡Libro difícil porque no hay posibilidad de separar la psicología de Ramón de la de su ciudad! Aquí está en este libro, efectivamente, sus monumentos, sus calles, jardines, aire y olor. Pero esta misma presencia la advertimos en casi todas las novelas de Ramón. Desde los primeros balbuceos adolescentes, aluden su canto a la calle de la Puebla, hasta su evocación de la Plaza del Dos de Mayo en la última. Todas sus greguerías como fibras silvestres han brotado de su asfalto y del mármol de sus cafés. Y toda esa concretez y táctil sensualidad de Ramón, es la de esta tierra donde la limpidez de la luz confunde los términos y todo se presenta cercano y acuciante. ¡Y cuidado que Ramón es irradiante! Pero vive en otras ciudades —París, Lisboa, Nápoles, Buenos Aires— aspirando a grandes sorbos el recuerdo de Madrid, haciéndose más urgente, más trasudado por todos los poros de sus libros el recuerdo de Madrid.

Ha condensado en este libro —que es lo más lejano a lo que hubiera podido hacer un cronista de la Corte— lo esencial de la ciudad. No me atrevo a decir su espíritu por cómo está todo el libro patinado del tacto de sus piedras, de olor de jamones y fritangas, del cuerpo entre montés y cortesano de Madrid. Porque esta ciudad es, a la vez que la más acogedora, la más enigmática. Es muy difícil comprender el secreto de esta ciudad en los dos paisajes contradictorios: el monte umbroso donde hay fiereza de jabalíes y la meseta sola,

con el espacio como su *dramatis personae*. Ciudad —cargada de iglesias hasta Pepe Botella— y a la vez con una estatua luciferina. Abarrocado en su piedra y en su ingenio y con dioses clásicos centrando sus plazas. Con alegrías y revoluciones entreveradas. Ciudad, en fin, que ha tenido la fortuna de ser cantada antes de 1936. Antes de que la sangre —la derramada en los frentes y en las sucias madrugadas— corriera feroz por sus afueras. Pues en el año 1931 firma el prólogo de la primera edición. ¡Qué bien le va a Ramón la sensatez de su cielo, la cordura de su caserío, esa falta de solemnidad de su amable cortesanía!

En este libro hay en todas sus páginas una lección de vivir humilde, un desdén hacia la genialidad que quiere imponerse. Aquí lo que señorea sobre Madrid no son sus hijos ilustres, sino la lección cordial y clara de sus tiendas, de sus lonjas, de su casticismo recatado y basado en el ingenio. De un aticismo que no se entrega ni al turismo ni a los visitantes —o estantes— pretenciosos. Ya van desapareciendo esas «casas bajas que huelen a pan» y que formaban la entraña del caserío madrileño. Ciudad maravillosa, sin regionalismo ni personalidad excluyente, gran solar de España donde todos convivimos en el mismo plano y con el mismo rango, ciudad que deja solos, y sin esa flatulenta protección del *terruño*, a sus hijos. Es la capital de España porque todos los radios, todos los caminos confluyen allí y todos estamos en ella por un derecho casi geométrico. Es decir, por designio de Dios. Es ciudad sin forasteros, y donde la vida de cada uno puede desarrollarse en su plenitud sin tener que pasar por el humillante noviciado de la aceptación, de la simpatía, de la *entrada* en la sociedad. Ello dota también a Madrid de un ambiente de irresponsabilidad histórica que la sitúa actual en el centro de todos los momentos. A nada se obliga con el pasado ni con el futuro. Por eso su crecimiento es anárquico, sus previsiones con la franqueza y espontaneidad de los árboles camperos, pero también con su vitalidad. Ciudad en la que la monarquía se hace popular y el pueblo tiene mesura y maneras de convivencia cortesananas. Nunca se ha sentido agraviada por los palurdos insultos de la periferia. No acoge a los no nacidos en ella con amor —porque eso sería de un ternurismo hipócrita—, ni con esa *comprensión* que desde alguna región se ha solicitado porque aquí son todos comprendidos y naturalizados. Porque —digámoslo de una vez— todos los españoles somos unos madrileños en potencia. «En Madrid no se nota la tragedia de la lucha por la vida, ni hay barrio ruso, ni judío, ni chino». Todo se entremezcla porque bajo su gran cielo de cándida luz plateada todos vivimos con la raíz hundida en la misma tierra. Nunca hay ese odio al extranjero —sobre todo si es pobre— que se percibe en los más ilustres países de Occidente. La admiración que despierta el noble

y el adinerado es la sencilla y sin hiel de un espectáculo. No se advierte —y ésta es la gran virtud que trasmite a toda España en este momento— esa preocupación económica que llena de rictus amargos y de ansiedades al resto de los ciudadanos de Europa. El condomio sobrio y la risa tantas veces absurda y sin medula de pensamiento de sus albañiles. Ha sido la ciudad que había más bohemios, sin que este bohemio tuviera el carácter trágico y trascendental de la bohemia parisina y romana. Porque bajo su luz, al borde de sus descampados y en la campechanía de la convivencia social todos nos hemos sentido un poco bohemios. Frente a esa soez interpretación foránea del milagro de San Isidro, cuando los bueyes araban conducidos por ángeles en tanto el santo rezaba («¡qué milagro más español!»), hay que decir que ¡cuánto más penoso es rezar que arar! Y este éxtasis frente a la inmensa llanura arada o sin arar es el que se siente en los bordes de Madrid.

Nadie, pues, más calificado que Ramón para hacer la exégesis de ese Madrid que es, en definitiva, su misma alma. Aquí no es el paisaje convertido en «estado de espíritu», como desde Amiel se ha repetido tanto, sino que es el mismo espíritu de Ramón que se solidifica en arquitectura, que se abre en plazas, que se ajardina hasta con sus corros de niños y todo.

Comienza este libro, como era natural, con el mejor pórtico de Madrid, con la Puerta del Sol, de la cual hace su historia pormenorizada, eruditísima, tan concienzuda que quizá peque de superponer en exceso los conocimientos a las ocurrencias. Ha repetido aquí la primera parte de su libro *Toda la historia de la Puerta del Sol*. Pero cada detalle erudito, cada dato va apostillado con el comentario ramoniano. Como ese reloj del Buen Suceso —antecedente del de la Antigua Casa de Correos— que tenía una sola manilla. Y cuando señalaba la una de la tarde, «era una hora de pan candeal en Madrid... Era muy rico ese mediodía de la ciudad, un poco pueblerino, con anchos suelos de campo y ambiente de cigarral». Signo entrañable de Madrid encontramos en este comentario de Ramón: «Siempre has vendido agua en la Puerta del Sol, sólo agua, únicamente agua, exclusivamente agua, comercio maravilloso que sólo se puede intentar con el agua de Madrid». Y describe todos los sucesos y accidentes que han pasado y pasan por ese centro de España. Como un Monet de la literatura analiza Ramón, hora a hora, la fisonomía de la Puerta del Sol, su carácter, sus habitantes, su entraña, su distinta atmósfera con pinceladas mojadas en la luz de cada instante.

Tras la Puerta del Sol ya todos los rincones de Madrid —pero ni el Palacio Real, ni el Museo del Prado— son cantados por Ramón. La Plaza Mayor, «brasero de Madrid los días de frío y de sol». En la noche, «hasta cuando está nublado, el cielo que se ve sucio en la Puerta del Sol aquí se mejora, y si por

un hueco de las nubes asoma una estrella, es sobre la Plaza Mayor donde asoma. La luna en la Plaza Mayor es como una iluminación de verbena». Yo no sé qué magia de sensibilidad y de dialéctica hay en Ramón, que en pocas palabras nos sugiere la totalidad de un paisaje, de un monumento, de un hombre. No hay prosa más tersa y penetrante que la suya. Habla del Cerro de los Angeles, que sospecha que «en medio de la inundación del Diluvio Universal fue el único que quedó en España a flor de tierra». «¡Qué sensación de estar sobre el corazón de España y de soportar sobre la cabeza el filo del meridiano central! ». En La Cibeles ve «a la más terrera de las diosas, y quizá por eso se la estima aquí tanto, pues España es, entre todos los pueblos, el más terrero». «Actúa sobre España como reina protectora». «Lleva en su mano la llave de España, la llave verdadera de las heroicidades y de las acometidas de fiera independencia». En la Plaza de Santa Ana, Ramón siente lo que tiene de recoleto y remansado y lo explica por haber sido patio y solar del Convento de Carmelitas de Santa Ana.

El estudio de los bodegones es succulento y evocador como ninguno. «Los días optimistas busco mi bodegón y me mezclo a los arrieros que comen con el látigo abrazado al cuello, y observo esos tipos con mirada de perro que no acaban de saber quién es el prójimo». Describe con emoción y amor a los ciegos de Madrid. «Lo tremendo que es el ser humano se reconoce en el ciego, ser enterizo, muy formado por dentro, rico en calamares entrañables; es decir, con doble carga de cuajo interior que los hombres que ven».

No hay gozo comparable al de avanzar por este libro y por esta ciudad que ha sido transustanciada en inteligencia y poesía como ninguna otra. Se extasia en la historia del paseo del Prado, paseo siempre de elegantes, de grandes palacios y escondidos amores. De paseantes a los que reclutaba al azar Carlos IV para sus fiestas. Con su sol abrasador y su sombra helada. Y sus estatuas. Y hasta con ese final de la Casa de Correos que a Ramón le gusta. «Había noches de luna en que la luna que le cae precisamente encima, acentuando el edificio de un modo extraño, nos hacía ver que iba a ser muy madrileño en el porvenir.» Tipos que han desaparecido totalmente como los vendedores callejeros, cada uno con su pregón distinto. Nos describe la apertura de la Gran Vía con el pintoresquismo de sus armaduras y sus salones y el patetismo de las porteras desahuciadas. La puerta de Alcalá es la puerta grande de Madrid, la que da categoría de madrileño al que la contempla. «Afronta con franqueza y nobleza la ciudad.» Ramón necesita pasar por esa puerta para saber que entra en Madrid y gusta de contemplar el admirable panorama urbano desde una de sus puertas, «como a través de unos magníficos gemelos de teatro que romantizan lo que ven». El Jardín

Botánico es una permanente nostalgia de América. Y aunque tiene el aire de un largo y romántico cementerio, Ramón va allí como «si fuera a América». «Su puerta de estilo dórico con columnas de piedra da al jardín de los Médici o cosa que lo vale y lo parece.» Y caudalosamente Ramón habla de los árboles, del viento, de las viejas que allí se refugian, de los poetas. También comenta los rascacielos madrileños. Dice que con las alturas y remates «que van a hacer de Madrid la ciudad más estrambótica del mundo, personalidad que no es de extrañar y que mareará a los turistas».

Y siguen las visiones de un Madrid en el que se superponen la tradición de holgadas anchuras y la prisa de los rascacielos que hacen decir a Ramón que Madrid es la ciudad que más se parece a Nueva York. Las Cavas Baja y Alta, la calle de Sevilla con sus toreros, sus joyerías evocadoras de la calle de las Sierpes. La Torre de los Lujanes con la casa de al lado en la que la Academia de Ciencias Morales y Políticas tiene su sede «y en su gran salón a la par que algunos discursos luminosos muchos viejos políticos han leído sus plúmbeos discursos, de esos que dan más sed al público que al orador».

Delicioso paisaje urbano el de la plaza de las Provincias y Santa Cruz, «que en realidad son una sola plaza, pues no hay dos almas distantes». La evocación erudita de los edificios que allí había se adorna con visiones actuales como la de ese café que había frente al Palacio de Santa Cruz, en el que se sorbía a través de los visillos algo de la plaza. Café para oír con arrobo una de esas comedias que podían titularse, por ejemplo, «El primer traje de baile». Inserta en este capítulo una preciosa digresión sobre los tejados de Madrid con el erizamiento de torrecillas y cúpulas que no corresponden al templo, sino «que son el solideo clerical de una casa de vecindad». Y refiriéndose a la torre de la iglesia de Santa Cruz, alta y de un ladrillo congestionado, dice que es el remate de más carácter de Madrid «sanguíneo, abencerraje». «Tiene algo de exaltación rústica y pueblerina como uno de esos palomares de Castilla, rojos y con cúpula blanca».

Sobre el milagroso labrador hay otro capítulo en el que Ramón con emoción madrileña y labradora evoca al San Isidro humilde, criado de un amo geniudo, sencillo y de angelical rusticidad. Y a su mujer Santa María de la Cabeza. «San Isidro tuvo además la suerte de que su esposa fuese una Santa, pues su único pecadillo fue charlar con vecinas y conocidos cuando se las encontraba yendo por una alcuza de aceite o un cuerno de vino pasando el puente que une el Madrid del campo del Madrid cortesano. La pobre esposa arrugada en la áspera vida del campo seco y lleno de heladas y de rigores de sol, era la buena asistente del marido.» Y sigue la descripción de la fiesta de ferias y barracas en que se solemnizaba hasta hace poco la romería.

Ramón, que no ha dedicado atención al Palacio Real, que «tiene el aspecto suntuoso y frío del Palacio del Zar de las Rusias», se extasía ante esta plaza, antesala popular del Rey, lugar donde se remansa la cortesanía y se encara con el paisaje. Y lo que Ramón canta son esos balcones «que tiene para el sibarita del pueblo que quiere igualarse al más poderoso. Un pintor que pintase estos balcones y los varios paisajes que se ven por ellos pintaría la síntesis maravillosa de España. Al asomarse a estos balcones se ve cómo cae el cielo como en un barranco». La visión de la Armería es desconsoladora y agria con el «espectáculo de hojalatería amazacotada».

Si de este libro tuviéramos que seleccionar algún capítulo elegiríamos el de «La feria de septiembre», por los párrafos que dedica a los puestos de libros viejos. Ramón, gran husmeador en esos puestos, nos describe la psicología no sólo de los vendedores —ese valenciano, al que alude genialmente Solana— y de los buscadores, sino de los mismos libros. «Todos son como libros caídos, libros del otoño, libros que el viento ha barrido hacia allí.» Libros tristes, sin portadas. Libros encuadernados de los que se desconfía «como de un libro que aunque sea bueno, está convertido al burguesismo». Y lamenta que no se encuentre nunca el libro «que trata, como debe de tratar, de la muerte».

La evocación de la plaza de Oriente, con sus reyes de piedra que «hacen un gesto fallido con su mano derecha porque a todos les han quitado el centro» es de gran jugosidad sentimental con sus jardines laterales para niños extraños, una estatua ecuestre —«una de las tres o cuatro estatuas ecuestres que se pueden salvar en el mundo»— y hasta con sus canciones infantiles. Y tras otras visitas a lugares entrañables de Madrid —la portada de la Academia de San Fernando, la Travesía del Conde, la Catedral comenzada—, termina como era natural con un capítulo dedicado al «Seco Manzanares». «Es el río seco, río huerta, por cuyo cauce vacío de agua, corre el verbo castellano, el habla de Quevedo y Cervantes.» Allí no hay agua, pero sí «greda fresca para las creaciones y légamo para los monstruos». De allí brota una niebla que «acució a Goya para sus proverbios, sus caprichos y sus disparates». Y estudia con gran aporte erudito, las burlas y veras que este río ha merecido a los poetas españoles. «Río humano e irónico influye en nuestros muros y por tanto en nuestros grandes hombres.»

Este es el Madrid anterior a la guerra civil. Población ancha, cortesana, con gracias no proclamadas, con un ingenio —el de Ramón— tan frío y sutil como el de su aire. Con unos límites perfilados por el campo mondo y por el precipitado de la Sierra. Casas no barroqueñas más que en el primer piso,

de alturas sensatas y distintas, con las buhardillas para pájaros, pobreza y ensueño.

Ahora casi todo eso se ha desmoronado. Ya Ramón no podría cantar ni el agua, ni las plazas, ni las calles en los atardeceres, ni los pregones, ni los suburbios. Y cercando a este Madrid, que cada vez se justifica más como nudo que ata a España e impide su cazurra disolución, como el descanso fraterno de los que recorren la Península de costado a costado, de norte a sur, se alzan no casas sino bloques. Todos iguales, todos mortuorios, todos raspados de imaginación. Y entre ellos unos jardinillos hipócritas que quieren ser una concesión avara al espacio y resultan tan mezquinos y cómicos, tan arregladitos para la propaganda, que aun acentúan más la luz de cárcel que rodea a esos edificios cuyo lema es la economía y por lo tanto la fealdad. Aquí tenemos como el reflejo en el alma clara de Ramón un Madrid feliz, en el que se resumía una tradición de cortesía monárquica y un populismo sobrio, rico sólo en desdén hacia la riqueza.